

## II. LINGÜÍSTICA

MARSHALL, M. H. B.— *Verbs, Nouns, and Postpositives in Attic Prose*. Scottish Classical Studies, 3. Edimburgo, Scottish Academic Press, 1987, 178 pp.

El presente libro describe con detalle las reglas que determinan la posición de algunas postpositivas dentro de la oración en la prosa ática clásica y (como Apéndice) en Heródoto. En concreto, las postpositivas que se estudian son las siguientes: la partícula modal *ἄν*; los pronombres personales anafóricos *με, μου*, etc., *αὐτ-όν/-ήν*, etcétera; y el indefinido *τις* y sus derivados. Quedan excluidas, pues, de este estudio las postpositivas conectivas, del tipo de *ἄρα, γάρ, δέ, μέν, τοίνυν*, etc., cuya posición obedece a reglas de naturaleza diferente.

Como es sabido, las postpositivas de los tres grupos que M. estudia ocupaban en ide., de acuerdo con la llamada «ley de Wackernagel» (cf. J. Wackernagel, *IF* 1, 1892, p. 333 ss.), el segundo lugar de la oración, inmediatamente detrás de la primera palabra acentuada. Sin embargo, en la historia de la lengua griega existe un número creciente de excepciones a esta ley general. De esta suerte, mientras que en Homero, según los datos numéricos de M. (p. 8), sólo un 16 % de las postpositivas consideradas aparecen después de la segunda posición, en Heródoto la proporción asciende a un 50 %, en Tucídides a un 70 %, en Platón a un 60 % y en Demóstenes a un 72 %. El propósito concreto del libro de M. consiste en el examen de estos «desplazamientos» de las postpositivas no conectivas más allá de la segunda posición de la oración.

Las razones por las que tradicionalmente se explican estos desplazamientos de las postpositivas fuera de la segunda posición son las siguientes (cf. K. J. Dover, *Greek Word Order*, Cambridge 1960, p. 16 ss.): la existencia de grupos de más de una palabra en primera posición, del tipo de *εἰ μή τις...*, excluye la prepositiva de la segunda posición; en las oraciones complejas, la postpositiva puede ser desplazada tras el primer *colon*, como, por ejemplo, en Thuc. VI 9,3 *καὶ πρὸς μὲν τρόπους τοὺς ὑμετέρους ἀσθενῆς ἂν μου ὁ λόγος εἴη*; la existencia de frases hechas, del tipo de *τάχ' ἂν*, hace que, si *τάχα* aparece fuera de la primera posición, automáticamente *ἂν* queda desplazada. Por todo ello, se considera habitualmente que las relaciones gramaticales no tienen influencia sobre la posición de la postpositiva.

Según M., estas causas puramente mecánicas sólo permiten explicar un número reducido de desplazamientos de las postpositivas. Sin embargo, si se toman en consideración las relaciones gramaticales, es posible interpretar la mayoría de los ejemplos de desplazamiento. Para ello, M. parte de la observación de Wackernagel (*loc. cit.*, p. 392 ss.), según la cual *ἂν* no puede aparecer por detrás del verbo al que modifica nada más que cuando le sigue inmediatamente. M. hace ver, en prolijas tablas que exponen numéricamente los datos estudiados, que el número más elevado de desplazamientos aparece en aquellos casos en que la postpositiva se encuentra inmediatamente detrás de la palabra a la que se refiere (el verbo del que depende o el nombre con el que concierne). De este modo, si se simbolizan las postpositivas mediante *q*, las palabras acentuadas mediante *M*, y la palabra a la que determina cada postpositiva mediante *X*, resulta que las postpositivas admiten tanto *Mq ... X* como *M ... Xq*. Lo que en todo caso queda excluido es (...) *X ... q*. Por lo demás, el uso de las dos posibilidades regulares (*Mq ... X* o *M ... Xq*) varía según los autores y las



obras distintas de un mismo autor, aunque se perfila una evolución general dentro de la prosa ática hacia el orden del tipo *Xq*, del que los diálogos platónicos se apartan progresivamente. (Como es sabido, algo semejante ocurre con las negaciones, que han evolucionado de una posición prioritaria al comienzo de la oración hacia una tendencia progresiva a preceder inmediatamente al verbo que modifican.) Las excepciones que restan tras la aplicación de las reglas tradicionales y de la que M. propone son poco numerosas, en general, aunque no se distribuyen por igual en todos los autores, ni en todas las obras de un mismo autor. Además, unas postpositivas (*αὐτ-*) presentan un número mayor de excepciones que otras (*μ-*, *τις*).

Es evidente que la irregularidad en la distribución de las excepciones puede tener importantes repercusiones que desbordan el ámbito exclusivamente lingüístico. En estos temas de autenticidad y cronología sobre la base de la colocación de las postpositivas estudiadas no entra el libro de M., que tampoco considera las posibles consecuencias que su estudio tendría para ciertos detalles referidos a la crítica del texto en numerosos pasajes.

El método y las conclusiones obtenidas por M. son plenamente convincentes. Sólo hay que lamentar que el libro es de difícil lectura (circunstancia inevitable en un tema como el que M. aborda) y que los datos son presentados en complejas tablas, cuya interpretación es ardua. Pero esta dificultad queda compensada por su gran utilidad para la descripción de la prosa artística, para la crítica de los textos y, probablemente, para cuestiones relativas a la cronología y autenticidad de las obras estudiadas. Por todo ello, el libro de M. tiene un interés mayor que el puramente relativo a la descripción de una parcela de la lengua griega.

EMILIO CRESPO

LÓPEZ MOREDA, SANTIAGO. — *Los grupos lexemáticos de «facio» y «ago» en el latín arcaico y clásico*. León, Servicio de publicaciones de la Universidad de León, 1987, 275 pp.

El plano del contenido, en el nivel léxico, posee unas estructuras propias en cada lengua. Pues bien, este tipo de estructuras está siendo poco a poco objeto de un estudio aparte e independiente de la mera perspectiva morfológica y etimológica. Este tipo de estudio compete a lo que el profesor García Hernández llama en diversos trabajos «Semántica léxica» o «Lexemática». Es, sin duda, una aportación metodológica capaz de arrojar una inmensa luz sobre el estudio del léxico de cualquier lengua. El trabajo que hoy reseñamos es el fruto de la aportación de este método al estudio de dos grupos lexemáticos latinos, a saber, *facio* y *ago* dentro de la época arcaica y clásica. Desde luego, tanto *ago* como *facio* son dos verbos de un espectro polisémico impresionante y de un uso amplísimo y precisamente ello puede explicar la reducción cronológica a estas dos etapas. Lo que ahora esperaríamos sería un nuevo estudio sobre estos grupos en épocas posteriores, sobre todo a partir del siglo I d. C., donde, sin duda alguna, ha debido producirse una profunda innovación léxica, posiblemente mayor que la que pudo producirse en los cuatro siglos anteriores. Nos hallamos ante un trabajo ordenado y minucioso, aunque en muchos casos se nota la labor selectiva de sus ejemplos con vistas a su publicación. Nos encontramos ante un trabajo realizado con un método impecable que añade a sus virtudes el no despreciar las aportaciones de los estudios etimológicos gracias a los cuales podemos

definir de algún modo los valores básicos del léxico. Tal vez el libro adolezca un tanto de no haber aprovechado los datos de la etimología comparada en más ocasiones y con mayor número de lenguas para que los contornos de los términos fuesen más definidos.

La primera parte del libro aborda muy sucintamente la delimitación metodológica y temática (pp. 21-26), el estudio de las estructuras lexemáticas de clase y modificación semántica al que un tanto avaramente se le conceden apenas tres páginas (pp. 29-31) y un brevísimo estado de la cuestión (pp. 35-37).

Creo que tanta parquedad tendrá su origen en alguna imposición ajena al autor. De todas formas en lo referente al estudio de las estructuras lexemáticas de clase y modificación semántica el autor debería haber sido más extenso, ya que constituye la parte más interesante del método del que por cierto el profesor Moreda realiza un hábil manejo a lo largo de la obra.

Ya en la segunda parte de la obra se aborda el estudio de los lexemas base *ago* y *facio* así como sus relaciones. Finalmente asistimos a un pormenorizado estudio de los verbos modificados de estos dos lexemas en una doble vertiente, a) la de las «funciones sémicas» y b) la de las «funciones clasemáticas». Dentro de este segundo epígrafe el autor analiza las relaciones entre los procesos verbales bien de carácter intersubjetivo (relaciones de complementariedad léxica), bien de carácter intrasubjetivo (relaciones de alternancia, relaciones secuenciales y relaciones extensionales) y todo ello ejemplificado de modo riguroso aunque no tan exhaustivo como hubiera sido de desear. En definitiva la lectura de este libro, a pesar de su tecnicismo, no se hace pesada y nos proporciona un conocimiento más exacto de los verbos *ago* y *facio* así como de sus ricos matices cuando se hallan opuestos a otros procesos verbales.

RAFAEL JIMÉNEZ ZAMUDIO

MARTINO, PAOLO. – *Il nome etrusco di Atlante*. Roma, Dipartimento di Studi Glottotantropologici dell'Università di Roma «La Sapienza», 1987, 52 pp.

La pequeña monografía de Paolo Martino pone de manifiesto la ineludible necesidad de combinar en el estudio de la Lingüística histórica y más concretamente — éste es nuestro caso — en el estudio del Léxico, el método lingüístico propiamente dicho por un lado y el análisis de la dimensión cultural en que aparecen los datos lingüísticos. De hecho el estudio del término etrusco *aril* que aparece en un espejo y una gema, objetos ambos del s. v a. C., representando a Atlas nos suministra una interesante muestra de esta combinación metodológica. Atlas es denominado *aril* en estos dos objetos. Lo curioso es que no se haya empleado un préstamo del griego, expediente habitual etrusco en la Teonimia. También es difícil pensar que nos hallemos ante un calco semántico del término griego, lo que supondría que los etruscos tendrían conocimiento del valor etimológico del teónimo griego. En cambio lo que sí es posible es que conocieran el contenido mitológico representado en el espejo y en la gema.

La raíz *ar-* es muy frecuente en etrusco significando 'hacer', 'construir' y el sufijo *-il* es típico de *nomina agentis*, de ahí que *aril* significase algo así como 'actor', 'factor'. El autor señala una transferencia semántica del tipo 'hacer' → 'llevar' comparándola con la de verbos como *ago* y *gero* donde vemos una transferencia inversa:



'llevar' → 'hacer'. De este modo el personaje representado en el espejo no sólo regiría el mundo sino que también sería su creador. Martino pone de manifiesto la relación del etr. *aril* con lat. *arillātor* 'agente, hombre de negocios'. De hecho esta raíz *ar-* que vemos en otras palabras latinas como *arbiter*, *arrabo*, *arra*, *rabula* derivaría de una antigua raíz semítica de antigua y vastísima documentación: *'rh* 'entrar como fiador'. Estaríamos en presencia de palabras técnicas del mundo del comercio que se difundirían en época arcaica a través de la navegación fenicia entre los ss. VIII y VI a. C. en los pueblos mediterráneos. Estas influencias llegaron a Etruria y de hecho algunos préstamos latinos dejan entrever el trámite etrusco.

El significado primitivo de *aril* debió ser el de 'intermediario' y no el secundario de 'comerciante'. Sin duda *aril* sería para los etruscos un epíteto con el valor de 'intermediario' aplicado a Atlas mediante una transferencia de la esfera del comercio a la esfera del mundo religioso. De este modo Atlas sería el «intermediario cosmológico» exactamente igual que en la cultura indoiránica aparece *Mithra* y a veces también *Vuruṇa*. Nos hallamos en definitiva ante un trabajo de fácil y agradable lectura y muy bien documentado que pone de manifiesto la estrecha relación entre la lingüística y la antropología cultural.

RAFAEL JIMÉNEZ ZAMUDIO

JIMÉNEZ ZAMUDIO, R. *Estudio del dialecto peligno y su entorno lingüístico*. Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1986, 224 pp.

El presente libro, fruto de la tesis doctoral de R. Jiménez Zamudio bajo la dirección de A. López Eire, es, a nuestro juicio, un buen punto de arranque de los estudios de las lenguas itálicas en nuestro país, hasta hoy relegados tradicionalmente, salvo excepciones honrosas y contadas. De entre los dialectos itálicos centrales, es el peligno el que presenta un mayor número de inscripciones, y de ahí la necesidad, hoy cumplida, de un trabajo monográfico sobre este dialecto, en lo fundamental osco. Con este fin, el de la descripción minuciosa de la fonética, de la morfología y de la onomástica pelignas, dentro del marco general de la lengua osca pero con atención también a las posibles características propias, el autor divide su obra en cinco grandes capítulos, precedidos de una introducción clara y de una bibliografía exhaustiva: a) Inscripciones, b) Fonética, c) Morfología, d) Sintaxis y e) Conclusiones. En el apartado a), pp. 1-43, figura el material peligno, integrado por cuarenta y seis inscripciones. Cada una de éstas es precedida por una bibliografía específica y, a continuación de ella, en apartados fijos, se nos refiere: 1) una información fundamental sobre la inscripción (material, lugar del hallazgo, etc.), 2) descripción del alfabeto, interpunción, etc. y 3) interpretación del texto, con una rica documentación de las diversas versiones de los principales estudiosos. Este apartado nos remite a los epígrafes correspondientes de fonética, morfología, etc. La ordenación de las inscripciones por parte del autor está basada en el lugar de procedencia: Sulmona (1-14), Corfinio (15-41), Molina (42-44) e Interpromium (45-46). Como conclusión de este apartado a) disponemos de unas concordancias entre el orden de nuestra obra y la numeración fijada en las colecciones de inscripciones pelignas fundamentales: Von Planta, Conway, Vetter, Pisani, Zvetaieff y Bottiglieri.

En el apartado b), pp. 47-143, se estudia, siempre que ello es posible, el tratamiento de cada fonema y grupo fónico en peligno y se compara éste con el de su en-



torno lingüístico, latín-falisco, osco-umbro y véneto, con referencias también al mesapio cuando ello es oportuno.

De este estudio fonético se deduce un conocimiento no total, pero sí extenso, de los principales rasgos del vocalismo y del consonantismo pelignos. Este apartado es, según nuestro parecer, el eje central del libro, toda vez que los apartados concernientes a la morfología c), pp. 147-64, y a la sintaxis d), pp. 167-77, se resienten, en mayor medida, de la escasez y brevedad del material a nuestra disposición. Conocemos mejor, lógicamente, la morfología nominal que la verbal, de la cual sólo se hallan formas de tercera persona (singular y plural) del presente y del perfecto de indicativo, algún imperativo y algún subjuntivo (pasivo) dudoso. En el apartado concerniente a la sintaxis, ya que «no podemos hablar de sintaxis peligna en el sentido más común del término puesto que los textos pelignos son muy breves», el autor estudia con gran acierto y profundidad los diferentes tipos de fórmulas onomásticas pelignas (esquemas onomásticos, *praenomina*, *cognomina*, etc.), éstos sí relativamente abundantes.

El apartado e), pp. 179-205, por último, contiene las conclusiones del trabajo, en las que se hace una detallada descripción de las isoglosas a) fonéticas y b) morfológicas del peligno, siempre en referencia a las tres principales manifestaciones lingüísticas de la Península Itálica indoeuropea, lo que permite una recta caracterización del dialecto en el entorno lingüístico que ocupa.

El libro se cierra, finalmente, con un índice temático (pp. 209-13) y un índice de palabras (pp. 217-24), ambos muy útiles.

En un trabajo de la densidad del que comentamos y en el que el autor expone muy a menudo pareceres propios u opta por determinadas concepciones, no pueden faltar, obviamente, puntos de desacuerdo. Éstos son, desde luego, ínfima minoría frente a aquellos en los que coincide el que firma estas líneas. Citemos, por razón de brevedad, tan sólo dos de estas discrepancias:

a) La explicación del difícil nombre *an(a)c(e)ta*<sup>1</sup>, unido siempre al adjetivo *cer(r)i(a)* (cf. inscripciones núms. 3, 4, 5, 6, 7 y 15), es de suma complejidad. A diferencia del autor, consideramos que, en esta cuestión, el parecer de Bücheler<sup>2</sup> y, recientemente, de Poccetti<sup>3</sup>, está, muy probablemente, más cerca de la realidad. La igualación pel. *an(a)c(e)ta*, lat. *Angitia* y osco *ANAGTIAI* se enfrenta a objeciones fonéticas y el carácter funerario (a menudo asegurado, cf. núms. 3, 4) de las inscripciones encaja mal con que *an(a)c(e)ta cer(r)i(a)* sea, efectivamente, el nombre de una diosa, a la que se dedica el texto. A mayor abundamiento, el nuevo documento peligno<sup>4</sup> *SALVTA.CAIEDIA.C.F.ANCETA.CERI*, de carácter funerario, que no ha podido ser incluido en el libro, permite añadir nuevos argumentos a la antigua hipótesis de Bücheler, para quien *an(a)c(e)ta*, independientemente de cuál sea su etimología, ha de ser contemplado como el nombre de un cargo religioso (femenino), semejante a *pristafalacirix* o *sacracrix*. La coincidencia onomástica con inscripciones latinas de la misma procedencia y cronológicamente muy cercanas, en donde se repite la fórmula *sacerdos Cereris* hace, a nuestro juicio, muy probable este punto de vis-

<sup>1</sup> Siguiendo el uso de P. Poccetti, *SSL* 22, 1982, pp. 171-182, escribimos *an(a)-c(e)ta cer(r)i(a)* para dar razón de todas las variantes que presenta esta locución.

<sup>2</sup> F. Bücheler, *RhM* 37, 1982, pp. 643-644.

<sup>3</sup> Vid. art. cit.

<sup>4</sup> Vid. P. Poccetti, *SSL* 23, 1983, pp. 157-162.

ta. La inscripción 46 del libro que comentamos, *[s]acrax / cibāt. cerria/licinia. saluta/salaus* es un indicio más a favor de este parecer.

b) De la misma manera, la interpretación de *an(a)c(e)ta cer(r)i(a)* como *sacerdos Cereris* conlleva necesariamente el replanteamiento de la cuestión de la existencia de un dativo en *-ā* en la primera declinación peligna.

También en este punto un nuevo documento epigráfico, posterior a la realización de la tesis doctoral de R. Jiménez Zamudio y a buena parte de los trabajos teóricos sobre este tema<sup>5</sup>, es clarificador. La forma *meneruai*, de Sulmona, plantea la existencia de un dativo en *-ai* en peligno, hasta ahora no documentado. De esta manera, creemos posible mantener la inexistencia en peligno de dativos en *-a*, tradicionalmente el rasgo más característico de este dialecto. La cuestión sobrepasa, con mucho, los límites del peligno y ha de ser considerada de gran importancia a la hora de una explicación definitiva del dativo epigráfico latino en *-ā*<sup>6</sup>, problema vinculado, según nuestro criterio, al que plantea la famosa inscripción *deuas Corniscas sacrum*<sup>7</sup>.

Queremos terminar, pues, señalando una vez más que discrepancias como las anteriores no significan, en modo alguno, disminución del gran mérito que para nosotros presenta este libro que, en última instancia y bien entendido, no reposa tan sólo en lo que dice —con ser mucho—, sino también en lo que no dice: en su gran capacidad de síntesis y de planteamiento de numerosos problemas que, quizá ahora, podrán ser abordados con mayor facilidad. En definitiva, «nos encontramos ante una obra de consulta indispensable para el conocimiento de las lenguas itálicas», como señala A. López Eire en el prólogo de este libro.

EMILIO NIETO

<sup>5</sup> Para una amplia bibliografía sobre la cuestión, vid. *infra*, nota 6. Particularmente, se hace necesaria una revisión de los planteamientos de R. Lazzeroni, *SSL* 5, 1965, pp. 65-86, que han contado con tanto predicamento.

<sup>6</sup> Vid. ahora F. Villar, *EMERITA* 54, 1986, pp. 45-62.

<sup>7</sup> Vid. R. Jiménez Zamudio, *EMERITA* 53, 1985, pp. 277-283, con amplia bibliografía sobre la cuestión.